

los judíos le obligaron á que ayudase á Jesus, llevando algun tiempo la cruz ó parte de ella; porque iba tan maltratado el Señor, que temieron su muerte antes de llegar al lugar destinado (*). Entre los Padres de la Iglesia hay algunos que afirman haber sido Simon gentil, y que en su persona, cuando llevó la cruz de Cristo, se representó la vocacion de los gentiles á la participacion del Evangelio y de la cruz del Señor. Con ocasion de esto como oyese Rufo, hijo de Simon, predicar las grandezas de nuestro Señor Jesucristo, y que despues de muerto hacia grandes milagros, convirtiéndose á nuestra santa fe, y acompañándose con el grande predicador y doctor de las gentes el apóstol S. Pablo, el cual en el cap. 16, v. 13, de la Epístola á los romanos, escribiendo á los cristianos que estaban en Roma, dice así: *Saludad á Rufo, escogido en el Señor, y á su madre y mia* (**). En el capítulo precedente ofreció el Apóstol á los romanos visitarlos cuando emprendiese su viaje á España, adonde deseaba ser conducido por ellos (†). Y siendo S. Rufo tan célebre entre los primeros cristianos, segun lo manifiesta el elogio con que le honra san Pablo, llamándole *escogido en el Señor*; no es de estrañar que el mismo Apóstol lo trajese en su compañía, y lo dejase en la ciudad de Tortosa del principado de Cataluña, despues de consagrarle obispo de ella.

Conforme á los cómputos mas exactos, la venida de S. Rufo con el Apóstol, y su eleccion para la Iglesia de Tortosa no se puede atrasar al año de 61, que es el que señalan los que dilatan mas el viaje del Apóstol á España. Faltando las actas de los primeros ministros del Evangelio elegidos por los apóstoles, no es posible referir los frutos que produciria su predicacion en Tortosa y los pueblos vecinos. Pero habiendo sido de santidad tan eminente, y ministro elegido en el Señor por el apóstol S. Pablo, no puede dudarse, que á su zelo y ministerio apostólico se deben en gran parte los progresos que tuvo la religion cristiana

(*) Et angariaverunt prætereuntem quempiam, Simonem Cyrenæum venientem de villa, patrem Alexandri et Rufi, ut tolleret crucem. *S. Marcos, cap. 15, vers. 21.*

(**) Como si dijera: á quien respeto y amo como á mi misma madre, ó como si fuera mi madre. *Scio.*

(†) *Cuando me encaminare para España, espero que al paso os veré, y que me acompañareis hasta allá.* Epist. ad Rom. cap. 15, v. 24. De este lugar y de la carta de S. Clemente á los de Corinto, se prueba que S. Pablo vino efectivamente á España á predicar la fe de Jesucristo, segun así lo afirma tambien un gran número de Padres. *MAM. Ant. Chr. tom. 2. lib. 2. pág. 287.*

en la provincia tarraconense. El P. Domenec en su ya citada Historia de los Santos de Cataluña, dice, que los historiadores del reino de Valencia tienen por tradicion, que la fama de los sermones de S. Rufo, llegó hasta Valencia; con cuyo motivo le suplicaron algunas personas principales de aquella ciudad se sirviese enviarles predicadores, que les enseñasen la fe de Jesucristo. Hizolo el Santo enviándoles cuatro clérigos discípulos suyos, que les enseñaron la ley evangélica.

Habiendo, pues, el glorioso Santo con su predicacion y vida santísima gobernado maravillosamente su obispado de Tortosa el tiempo que en ella estuvo, y enriqueciéndose de grandes tesoros de virtudes, fué servido el Señor llevarle á gozar de su gloria para siempre en el cielo; donde lo tienen los de Tortosa por su perpetuo abogado é intercesor. Los martirologios no señalan el lugar del fallecimiento de S. Rufo, y por lo que toca al dia, lo ponen en el 21 de noviembre. Pero el dia de su fiesta ha sido en todo tiempo el 14 de noviembre, en que se ha celebrado antes del concilio Tridentino con solemnidad y con octava, leyéndose en el rezo lecciones propias, en las que se refiere no solo su obispado en Tortosa, sino tambien la conservacion de sus reliquias. Esto segundo tiene tambien el testimonio que menciona Martorel en la pág. 348. Despues de cesar el uso de los brevuarios particulares de las iglesias, rezó la de Tortosa y toda su diócesis de S. Rufo con rito doble y octava; pero tomando el oficio del comun de Confesor Pontífice, por decreto de Urbano VIII dado en 10 de febrero de 1629. En el año de 1671 aprobó la S. C. de R. el himno propio del Santo, que presentó el cabildo de la misma Iglesia, concediendo que se pudiese rezar en ambas visperas y maitines. En este himno despues de invocar al Espíritu Santo, se ponen tres estrofas que contienen la tradicion de esta Iglesia acerca de su santo obispo y patrono. (*Risco, Esp. Sag. tom. 42, y Dom. Hist. Santos de Cat.*)

SAN SERAPIO, DEL ÓRDEN DE NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED, MÁRTIR.

Nació el glorioso mártir S. Serapio, segun la mas corriente opinion, en la famosa ciudad de Londres, corte del rey de Inglaterra, año de 1178. Fué su padre Rothlando, llamado de Escocia, por ser su casa originaria de la noble y clara stirpe y familia de los Escotos de dicho reino, y deudo muy propincuo de su rey Guillermo. Su madre, si bien se ignora el nombre como el de su apellido, pero segun se colige de lo que las mis-

mas historias refieren, fué de sangre nobilísima, igual y correspondiente en todo á la esclarecida de su esposo. Impusieronle en el bautismo por nombre Serapio, pronóstico y claro indicio de que seria pio: lo que comprobó la esperiencia en las heroicas acciones que practicó su gran piedad en todo el curso de su vida, y que desde su niñez é infancia cuidaron sus nobles padres con los actos de devocion, educacion y ejemplo imprimir y radicar entre las demás virtudes y loables costumbres en el corazón de su amado y querido hijo.

Hallándose aun Serapio en los primeros ardores de su juvenil edad, ya manifestó los puros quilates de su católico zelo; pues llegando á sus oídos los lastimosos estragos y raras crueldades que ejecutaban los bárbaros infieles en Palestina, así en los templos de Dios, sus ministros, altares, imágenes, reliquias y demás cosas sagradas, como en las vidas, honras y bienes de los míseros cautivos, dijo á su padre: Señor y padre mio, ¿no seria de grande gloria de Dios de que fuésemos á morir para restaurar los santos lugares de Jerusalem? y si bien procuró disuadirselo proponiéndole lo tierno de su edad, sus pocas fuerzas para sufrir las incomodidades de la guerra, y el dolor y pena grande que ocasionaria á su madre el privarse de él en su ausencia; oída su discreta y cristiana réplica, y para suavizar en algun modo su desconsuelo, hubo de condescender á su instancia ofreciéndole partir juntos siempre y cuando llegase la ocasion.

Logró ésta felizmente el Santo, año de 1190, pasando con su padre, general del ejército de Inglaterra, y su rey Ricardo, á la Palestina. Allá asistió al sitio y rendicion de Tolemaida y otras muchas plazas, venciendo y triunfando valerosamente de sus enemigos; y en la célebre batalla de Assúr dió singulares muestras no solo de su heroico valor, destruyendo y poniendo en precipitada fuga á un sin número de sarracenos y turcos del formidable ejército de Saladino, si tambien de su gran piedad, consolando y socorriendo á tanto mísero cautivo que lloraba allí entre aquellos bárbaros su dura esclavitud. Y habiendo en estas y otras gloriosas empresas y piadosos ejercicios empleado algunos años, y muertos sus padres, deseoso de sacrificar su vida en obsequio de la fe, vino con el duque de Austria á España, sirviendo al rey D. Alonso VIII de Castilla, en la guerra contra los sarracenos, quienes fueron vencidos y valerosamente sacados de muchas plazas y fuertes de Castilla y Andalucía, nombrándole el rey Alonso, por sus relevantes virtudes y méritos, consejero suyo; con cuyos consejos y dictámenes se prosiguió la guerra hasta quedar del todo humillado el mahometano poder. Volvió

otra vez, á impulsos de los mismos deseos de morir por Cristo, á Palestina, donde batalló con indecible intrepidez y esfuerzo contra el ejército de Conradino, hijo del gran soldan de Egipto y Babilonia, capital enemigo de la santa fe católica.

Noticioso despues Serapio de la nueva guerra que contra moros intentaron los reyes D. Fernando de Castilla y D. Jaime el I de Aragon, volvió otra vez á España; y aquí, considerando el Santo su partida de Inglaterra, atravesando mares, hollando tormentas, sufriendo desprecios, padeciendo trabajos y peregrinando tantas provincias de la Siria, Palestina, Egipto, Alemania, Italia, Francia y España, y entendiendo que el preservarle en tantos riesgos y peligros Dios su vida, que tan ansiosamente habia deseado sacrificarla en obsequio de la fe, y el dejarle asimismo libre de los cuidados paternos, y de bienes y honras del mundo; era su divina voluntad (á la cual solia estar siempre tan resignado, que en todas sus penas y desconsuelos solamente prorumpian con alegre semblante sus labios: Bendito seas, Dios, pues os habeis dignado disponer no tenga de que cuidar sino es de vos) que se retirase del siglo, y entrase en alguna religion. Ilustrado, pues, del cielo (que le destinaba sin duda para que por este camino lograrse el triunfo y honor mas glorioso de ser en su vida y muerte viva copia de Jesucristo nuestro Redentor) resolvió abrazar el instituto sagrado y caritativo de redimir cautivos en el real orden de la Virgen santísima de la Merced: á cuyo fin enterado de la gran santidad del glorioso S. Pedro Nolasco, fundador de aquella, fué á él, pidiéndole con profunda humildad el hábito, que vistió en la ciudad de Barcelona con demostraciones de singular alegría, y ternura grande de su corazón, de mano del mismo santo patriarca. Pasó su noviciado bajo la direccion del V. P. Fr. Bernardo de Corbera, grande dechado de perfeccion; y concluido por Serapio el año de su probacion, en que fué un señalado ejemplo de toda virtud y edificacion, hizo la profesion solemne de los tres votos, de castidad, obediencia y pobreza, y el cuarto de quedarse en rehenes por los peligrosos cautivos, con inesplicable devocion y muy especial consuelo de su espíritu.

El olor suave y fragante de las heroicas virtudes en que tanto resplandecia el Santo, hizo que presto le destinase y ocupase la obediencia en diferentes ministerios; y si bien los desempeñó todos, satisfaciendo enteramente á la confianza que de su esperiencia y méritos se prometian sus prelados; pero donde parece que mas principalmente se esplayaron los fervorosos afectos de su amor y caridad, fué en el de recoger las limosnas para el res-

cate de los cristianos cautivos; pues de manera supo su gran paciencia, aplicacion y afabilidad esponer con tal ternura á los fieles las miserias de aquellos pobres, que inclinándolos á piedad y conmiseracion les socorrian con larga mano; y aumentándose en breve por este medio los caudales de la redencion, era ocasion de que ellas fuesen mas frecuentes y copiosas. Era muy grande su santo ejemplo, á cuya direccion y cuidado estuvo el riego de las nuevas y tiernas plantas de la religion, y con su prudencia, vigilancia, humildad y mansedumbre, crecieron y fructificaron tanto, que dieron tan copiosos y abundantes frutos de observancia, oracion y santidad, que fueron esplendor hermoso de la Iglesia y ornamento precioso del paraíso.

Infestaban de tal forma los mares y costas de Cataluña los moros de Mallorca, que no podian, sin riesgo y peligro evidente de ser presos y cautivos, navegar aquellos mares, ni gozar de alguna paz en sus casas y pueblos sus habitantes; y como para remedio de estos daños y de los continuos estragos que ejecutaban los moros contra los que rendian, inclinase Dios, siempre piadoso de nuestras aflicciones, el ánimo del invicto rey D. Jaime á la conquista de aquella isla; pasó Serapio con él á tan santa expedicion, á la felicidad de la cual fueron sin duda gran parte las humildes súplicas y ruegos fervorosos para con Dios de Serapio: el cual, apenas ganada Mallorca, deseoso de propagar y dilatar su religion en Inglaterra, Escocia é Irlanda, pasó á dichos reinos, padeciendo muchos trabajos é incomodidades en sus viajes; y en particular en éste, en que siendo preso el navio en que iba por un capitan pirata, fué el Santo grandemente atropellado, de manera, que atado á un palo de fornidos nudos, le azotaron sin piedad alguna; y considerándole ya difunto, fué su cuerpo impiamente arrojado desnudo en un arenal en las costas de Inglaterra; però dispuso la Providencia divina, que encontrado de unos pescadores, se compadeciesen de él y le cubriesen con una capa sus ensangrentadas carnes, y que llegando á Londres, su patria, fuese prontamente curado, y asistido de hábitos religiosos.

Aunque Serapio, por su rara y profunda humildad, procuraba encubrir los preciosos quilates del oro de su mucha virtud, tanto mas el Señor disponia que fuese á todos mas patente: pues apenas llegado Serapio (como dijimos) á Londres, noticioso el rey de Escocia Alejandro de su mucha santidad, envió por él, para que procurase que un grande rebelde suyo y sus secuaces se redujesen á su obediencia y real servicio; y fué el Santo tan mal recibido de éstos, que habiéndole rigurosamente azotado, le

dijeron: Dirás á tu rey, que en tus espaldas hallará la respuesta: desacato, que sentido de él agriamente Alejandro, juntó numeroso ejército, y les persiguió, hasta quedar vencidos, y tomar de ellos la debida satisfaccion y venganza; y quiso Dios, para manifestar claramente la inocencia de Serapio, que el terreno en que derramó su sangre, habiendo sido antes seco é infecundo, quedase despues milagrosamente florido, verde y abundante. Escribióle S. Pedro Nolasco, que se restituyese á España, á fin de sacar del poder del demonio á muchas mujeres, cuya vida y tratos eran solamente la torpeza y sensualidad, como lo consiguió: por lo que irritados fuertemente con él los que vivian con ellas escandalosamente, le injuriaron, y diciéndole muchos baldones y dicterios le abofetearon; mas la paciencia, constancia y mansedumbre con que sufrió el Santo en esta ocasion tan afrentosos oprobios, fueron tales, que despues de haberles concedido amorosamente el perdon que por su desatencion y delito le pidieron, los redujo tambien á penitencia de sus culpas y á que sirviesen en adelante al Señor.

Hizo algunas redenciones, y entre estas una en Murcia con su compañero Fr. Pedro de Castellon, redimiendo noventa y ocho cautivos, y en todas fué indecible el incendio de su ardiente caridad, que mostraba con los pobres esclavos que no podia redimir: pues á los que juzgaba mas necesitados, suministraba algun socorro, con que pudiesen aliviar de algun modo sus trabajos: á los que no lo eran tanto, los animaba á la tolerancia de sus penas y á la conformidad en ellas en el Señor, esperanzándoles la libertad en otra redencion, para que así quedasen todos fortalecidos y constantes en la fe católica que profesaban: y á fin de conseguir por todos modos algun alivio á los cautivos, impelido de la compasion y amor que les tenia, se postraba rendido á los pies de los dueños de los mismos esclavos, y regándolos con sus lágrimas, procuraba con palabras llenas de dulzura y caridad, persuadirles alzasen la mano de su rigor contra los pobres y míseros esclavos, y que fuesen tratados mas blandamente; y era tanta la eficacia y virtud que en estas exhortaciones santas y rendimientos humildes infundia Dios en Serapio, que redujo aquellos corazones obstinados de los moros á que fuesen mas compasivos, y no tan duros é inhumanos con los míseros cautivos, logrando éstos quedar así en gran parte consolados.

Otra redencion hizo Serapio en Argel con Fr. Berengario de Bañeres, en la cual el glorioso S. Ramon Nonat, del mismo real orden, á quien comunicaba y profesaba Serapio muy estrecha amistad, le anunció, al tiempo de partir, su feliz y deseado mar-

tirio. Siendo en ella los redimidos ochenta y siete, y no pudiéndose redimir, por falta de dinero, á algunos cautivos, puestos en evidente peligro de renegar, ni pudiendo tolerar el inextinguible fuego de su ardiente caridad, que ardía en su magnánimo pecho, de que aquellas pobrecitas almas, redimidas con el infinito precio de la sangre preciosísima del Salvador, fuesen torpe pasto y víctima á aquellos insolentes bárbaros, discurrió y practicó su grande amor el arbitrio y medio de quedarse en rehenes por ellas; y aquí fué donde enardecido del zelo de la honra y gloria de Dios, y del bien y salvacion de aquellos infieles, se opuso públicamente á la falsa y abominable secta de Mahoma: por lo que por mandato del bárbaro y tirano rey de Argel fué preso; y puesto en una hedionda y oscura mazmorra, azotado con crueldad inaudita, y con la misma atado de pies, apaleado en el vientre, entregado despues su llagado cuerpo á una dura y pesada cadena, manteniéndole con solo pan de perro y salvado: y viendo el rey la invicta constancia de Serapio, que ni el rigor de tantos y tan crueles tormentos como habia padecido, ni las amenazas de los que intentaba ejecutar su furor con el Santo, pudiesen no solo rendirle, pero ni menos atemorizar aquel animoso y valiente corazon del soldado veterano de Cristo; por último resolvió rabioso y airado, que le fuese quitada la vida: á cuyo fin mandó sacarle á la plaza, donde viendo Serapio la aspa, ó cruz, en que habia de morir, lleno su corazon de un inalterable gozo, é inesplicable júbilo, rindió gracias á Dios, en debido reconocimiento del singular beneficio de permitirle sacrificar, á imitacion de su santísimo Hijo, la vida en la cruz, y exclamó: *O dulce y preciso leño, perfecta imágen de aquel en que mi amado Jesus pendió, por tí espero subir á la bienaventuranza*; y dichas estas palabras, pasaron á atormentarle cruelísimamente. Desgarraron poco á poco su ya desfigurado cuerpo con acerados garfios y peines de hierro: introdujéronle agudas cañas entre carne y uñas: cortáronle todas las coyunturas y articulos de pies, manos, brazos, piernas y rodillas, añadiendo por último el riguroso tormento de la rueda ó torno, con el cual á violencia de giros, le sacaron las tripas, que miraculosamente salieron enteras; y despues cortándole la cabeza dió el Santo su espíritu á su Criador á los 14 de noviembre del año de 1240; y antes del último aliento dijo: *Señor mio, yo os suplico, que por estos tormentos y dolores que gustoso por vuestro amor padezco, tengais piedad de aquellos que se hallaren afligidos de algun dolor.*

Fueron innumerables los prodigios que por intercesion del

santo mártir obró Dios, ya en su vida, como despues de muerto. Dos niños resucitó, viviendo: el uno en el navío en que el Santo pasaba al reino de Escocia, á quien su mismo padre, irritado por un descuido que cometió su hijo, le habia muerto: otro en Irlanda, hijo de un caballero, quien, resucitado, dijo delante de todo el concurso: Una señora vestida de blanco, con corona de oro en la cabeza y una insignia en el pecho, al modo que la trae Serapio, me ha mandado volviere al mundo.

En vista de cuyos prodigios, y por muchos siglos continuada veneracion de los fieles al Santo, de las declaraciones y sentencias dadas y promulgadas por los ordinarios de Gerona y Barcelona sobre su culto inmemorial año de 1718, y de las piadosas súplicas del católico monarca de las Españas Felipe V (que de Dios goce) ruegos repetidos de diferentes eminentísimos cardenales, instancias continuas de los arzobispos y obispos de España, y peticiones humildes de toda la religion Mercenaria; la santidad del papa Benedicto XIII con su bula dada en Roma á los 14 de abril de 1728, se dignó aprobar y confirmar dichas sentencias, y declaró el referido culto inmemorial del Santo.

La misa es en honor de S. Diego, y la oracion la siguiente:

Todo poderoso y sempiterno Dios, que con admirable disposición eliges lo mas flaco del mundo para confundir á lo mas fuerte: concede benigno á nuestra humildad que por los piadosos ruegos de tu confesor san Diego merezcamos ser sublimados á la gloria eterna y celestial. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del cap. 5 de la primera del apóstol S. Pablo á los Corintios.

Hermanos: Estamos hechos y somos heridos con bofetadas, espectáculo para el mundo, y no tenemos donde estar, y para los ángeles y para los hombres. Nosotros necios por nuestras manos; somos maldichos, y bendecimos; padecemos persecucion, y tenemos paciencia; somos blasfemados, y hacemos súplicas; hemos llegado á ser como la basura del mundo, y la hez de todos hasta

este punto. No os escribo estas cosas para confundiros, sino que os aviso como á hijos míos muy amados en Cristo Jesus nuestro Señor.

REFLEXIONES.

Nosotros somos necios por amor de Jesucristo. Nosotros somos flacos, vosotros fuertes. Vosotros sois nobles, nosotros hombres desconocidos. Esto sentia de sí S. Pablo, y de esto se honraba. No hubo santo que no hubiese sentido muy bajamente de sí mismo: la humildad, que es el fundamento de todas las virtudes cristianas, los caracterizó, los distinguió á todos. Una de las grandes obligaciones que tenemos á Dios es, que hubiese hecho dependiente nuestra salvacion de nuestra humildad, y no de nuestra elevacion. No todos pueden subir y elevarse; pero todos pueden bajar y abatirse. No todos son capaces de hacer grandes cosas por Dios, de emprender arduos asuntos por su gloria; pero ninguno hay que no se pueda humillar. Bien se puede decir, que ninguna virtud cristiana está mas á la mano de todos que la humildad. ¿Quién tendrá valor para decir que no puede sentir bajamente de sí mismo, que no puede hacer mas concepto de los otros que de sí? Nunca nos faltan razones para creer que es mayor el mérito de los otros que el nuestro. Hay muchos que no pueden estar dotados de un eminente don de oracion; ¿pero quién hay que no pueda humillarse en ella, reconociendo su nada, su poca virtud, su miseria, y de esta manera hacer mucho cuando parece que hace nada? No siempre puedo hacer todo el bien que quisiera; pero siempre me puedo humillar delante de Dios á vista de lo poco que soy capaz de hacer, y suplir de este modo lo mismo que no hago. No siempre puedo estar en oracion, no siempre puedo ayunar ni ejercitarme en obras de caridad; pero siempre puedo humillarme. ¡Oh humildad, camino breve y fácil, pero camino seguro para arribar á poca costa á una eminente virtud! ¿De qué dependerá que no tomemos este camino? No es menester salir de nosotros para encontrar mil motivos de humillarnos; dentro de nuestro terreno hallaremos cuantos motivos, cuantas razones se pueden discurrir para abatir nuestro orgullo. Este mismo orgullo nuestro debe ser uno de los grandes motivos de humillacion en quien no tenga el mal gusto de atolondrarse, de aturdirse y de engañarse á sí mismo. La humildad debe estenderse á todas las clases, á todos los estados, á todas las condiciones. Tan obligados están á ser humildes los grandes como los pequeños. Es, á la verdad, un poco mas difícil la prác-

tica respecto de aquéllos, por cuanto todo conspira á lisonjearlos y á engañarlos, mas no por eso es menor ni menos indispensable su obligacion. Los pequeños muchas veces son humillados sin ser humildes; y los grandes siempre quisieran ser humildes sin ser humillados. Desengañémonos, no hay virtud alguna sin aquella cristiana humildad que no consiste en conocer claramente cada uno que verdaderamente le falta el mérito y las prendas que afecta y que no tiene: esta es una humildad de puro entendimiento que hasta en los réprobos se puede hallar; sino en gustar, en alegrarse de que los otros conozcan tambien las prendas de que carece, y el mérito que le falta. Esta es aquella humildad de corazon que nos enseña Jesucristo cuando nos repite en el Evangelio tantas veces: Aprended de mí que soy manso y humilde de corazon: *Discite à me, quia mitis sum, et humilis corde.*

El Evangelio es del capítulo 12 de S. Lucas, y el mismo que el día XIII, pág. 242.

MEDITACION.

No hay condenado que no esté convencido de que su condenacion es obra de sus manos.

PUNTO PRIMERO. — Considera qué rabia, qué desesperacion será la de un condenado por toda la eternidad cuando considere que él mismo y él solo fué el artifice de su condenacion. Si se condenó, fué puramente por su culpa; si se condenó, fué porque él lo quiso así; si se condenó, fué porque no le dió la gana de corresponder á la gracia de Jesucristo. Habia hecho este Señor todo el coste para su salvacion; no le habia escludido de la gracia de la redencion este divino Salvador; nació, vivió en la tierra, padeció y murió por él como por todos los predestinados; mereció, y le comunicó tambien todas las gracias suficientes para ser santo. Esta verdad es de gran consuelo para todos los fieles; pero no es de menor desesperacion para los infelices condenados.

Si Dios los hubiera dejado en la masa de la perdicion; si no hubiera muerto por ellos; si les hubiera negado las gracias absolutamente necesarias para la salvacion, no por eso seria menos funesta su suerte, ni su mal menos infinito; pero entonces toda su rabia, todo su odio, todo su furor, se volveria contra Dios, que solamente los habia sacado de la nada para perderlos. ¡Mas qué sentirán! ¡como bramarán! ¡qué rabia tendrán contra sí